BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL
1
ELDA (Alicante)

Biblioteca

dahellos

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL
ELDA

GOZO DE POESIA SOBRE EL VALLE AFANOSO

ELDA
SEPTIEMBRE
1949

Roberto Moreno

Rodolfo Sevrdent

Juan Madrona

Santiago Luna

Ernesto Sanz

Saul Gil

dahellos

LETRAS ELDENSES

FRONTIS

VERSOS Y PROSA DE:

Manuel Catalán Gil
«Gavidia»
Srta. Salud Gil
Eduardo Gras
Antonio Gonzálvez
Rodolfo Guarinos
Juan Madrona
Alberto Navarro
Santiago Sierras

Elda y Septiembre

1949

Cambio de bellas letras sobre la pleamar de letras de cambio. Eso quiere ser DAHELLOS. Un reposorio sedante y lenitivo, donde el espíritu, fatigado del prosáico afán cotidiano, se refugie en las horas de descanso, dejándose llevar, en gozoso abandono, por los encantados senderos de la belleza.

«No solo de pan vive el hombre» dice el libro inmortal. La palabra rica en vitaminas de jugosas ideas o edulcorada con el azúcar de las bellas metáforas también es sabroso alimento. ¡Y desgraciado aquel que no sabe acercar sus labios terrosos al frescor de las aguas castálidas!

La marejada incesante del trabajo de cada hora está materializando a nuestra ciudad afanosa; la lucha por el pan deja postergado el deleite de saborear las bellas hogazas del pan del espíritu. Elda parece una ciudad sin alma, una ciudad de autómatas movidos al resorte único del DEBE y HABER. Ramplonería, prosaísmo, miseria intelectual. ¿Dónde están las instituciones, las actividades culturales de nuestra bella ciudad?

Abramos un camino de luz para el espíritu.

No nos turba el juicio la soberbia; DAHELLOS es muy poco; pero ya es bastante asentar un ejemplo de espiritualidad. Por lo menos tiene el encanto innegable de ser en absoluto un cálido deseo de vida interior en nuestra Elda prodigiosa.

¡Y que otros, con más posibilidades, eleven más altos nuestros ilusionados banderines de poesía vernácula!

Introito lírico

por «GAVIDIA»

¡Detente, hombre de Idella!
Depón de tu cuerpo la toga
y extiéndela en la umbría;
escucha del ave canora
la epicúrea melodía.

¡Detente, hombre de Idella!
Desata tu sandalia clásica
y tus pies tira al agua errática,
para que los bese Piscis,
y un sol en refracción
que miente ser Tritón.

¡Detente, hombre de Idella!
¡Es tan largo el camino...!
Traigo repletas las alforjas,
de Hélade,
Roma,
Tiro,
Sidón,
Alejandría,
traigo las alas brillantes,
de luz, euritmia, poesía.
Traigo un no se qué decir en los labios,
henchidos por la Anadiómena Afrodita;
traigo que traigo de Oriente,
la celeste sabiduría.

Traigo desmelenadas clepsidras líricas.

Y de huídos vergeles metafísicos,
neuróticas y sensitivas,
las más extrañas flores:
margaritas.

Y para tus noches,
más noches,
muchas noches,
el laurel de Dafne,
y una dama que dá suspiros
en astrales singladuras
por la feliz arribada de la armonía.

¡Detente, hombre de Idella!
Que traigo el trigo maduro,
y un reflejo en los ojos
de fustes y capiteles rotos.
Traigo la lira de Homero,
el verbo de Sócrates,
de Fidias el plumero,
y el sueño del Partenón.

Y si te picó luminiscente
el aguijón de la filosofía,
traigo discursos, discursos, discursos,
eternos, panegirísticos, de Dios y amor.

Traigo la fruta del árbol de la vida,
que allá en el Bóreas,
bajo Andrómeda y Casiopea
suspira condolida.
Y la flauta de Pan,
el caduceo de Hermes,
el papiro de Clío,
y el tridente de Plutón.

¡Detente, hombre de Idella!
Y rompe tu gótico ostracismo,
y en alas de Pegaso
vuela a un Renacimiento puro,
de ideas renacidas
que traen en guirnaldas floridas,
con hiperdúlica corte,
vírgenes de Vesta,
de Botticelli vírgenes,
vírgenes de cera.

Y si te ahoga el cánon,
la mesura, la pauta, el orden,
las dóricas columnas de lo académico,
busca por regiones de subconsciente,
un superrealismo,
un vanguardismo,
un creacionismo,
o deshumanización,
que para esto traigo:
ripios, ripios, ripios,
muchos ripios,
sin rima ni compás,
palabras que nada dicen,
mas ¡ay! que todo lo dirán.

¡Detente, hombre de Idella!
¡Que no se diga que tu corazón,
es un zapato y con razón!

¡Detente, hombre de Idella!
¡No desoigas mi verbo polimorfo!
¡Sacude al viento tu viento amorfo!

¡Detente, hombre de Idella!
¡Son cosas muy serias la Etica,
y los sonetos a Pepita, la hebética!

¡Detente, hombre de Idella!
¡Detente!
He de hablarte de una estrella...

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL ★ ELDA ★

La vida se desliza soñando

por SALUD GIL

Mecida al influjo de un vientecillo suave, y sostenida por una alfombra mágica veíame remontada sobre un cielo nuevo y empujada hacia regiones y países desconocidos.

De pronto, abriéronse desmesuradamente mis ojos, ante la visión fabulosa de la ciudad más atrayente y remotamente lejana de mi infancia, presentándose a mi vista, cual valiosa joya engarzada en diamantes, esmeraldas y rubíes, guardada celosamente, como por avaros que conocen el valor de aquello que poseen, en un estuche sabiamente alfombrado, rematado por una Gran Muralla. Ahora comprendía, cuán merecida era la admiración que siempre había sentido por Pekín, país de mis sueños infantiles.

Casitas de un solo piso, construídas con bambú y de original techumbre, cuyos ángulos se encorvan hacia arriba acentuando sus extremos en forma de cuernos, aparecían festoneadas por el verde de sus jardines.

Salpicados, majestuosos palacios y pagodas, se yerguen rasgando el cielo con sus tejados cornudos, dando un aspecto miniaturesco a las casitas cercanas. Todos ellos están circundados por elegantes y vastos jardines, cuajados de olorosas flores, en los que, pequeños riachuelos refrescan la tierra con sus aguas. Puentecillos de mármol, marcadamente gibados, parecen querer ceñirlos en forma voluptuosa.

En sus bulliciosas calles, de apiñado tránsito, pequeños carritos de múltiples y alegres colores son conducidos por seres humanos, que desfilan, jadeantes, bajo el peso de opulentos señores que pagan por su servicio.

Caras amarillentas, de ojos oblícuos y lacios cabellos, cuyo único adorno consiste en el corto flequillo que les cae sobre la frente y en la larga coleta que pende del cogote formada por una trenza, sonríen de una manera enigmática. Sus trajes son azules, y hombres y mujeres, indistintamente, cubren sus piernas con amplios pantalones ajustados a los tobillos. El peinado de las señoras, aparece más bello y complicado, pues con el mismo cabello forman infinidad de caprichosos lazos anudados sobre la nuca. Observo sus diminutos piececitos lindamente calzados y paréceme imposible que puedan con ellos sostenerse. Más tarde, admiro sus pasos cortitos y ligeros, llenos de insuperable gracia.

Avidos de curiosidad, se detienen mis ojos en un imponente y fastuoso cortejo. Es el Emperador, Hijo del Cielo, que haciendo honores a la despierta Primavera, abandona su vieja residencia y es trasladado a su nuevo Palacio de Verano.

Acompañado de todo su séquito, el Hijo del Cielo es conducido en lujoso palanquín forrado de ricas sedas primorosamente bordadas por manos femeniles. Va ataviado con rica vestimenta de un color púrpura y ostenta en las manos y pecho valiosas sortijas y collares de deslumbrantes destellos. El calzado, de enguatadas zapatillas de raso amarillo, es adornado con hebillas de fina pedrería y en su mano amarillenta, de pulidas uñas, sostiene una larga pipa a la que da frecuentes chupadas, dejando escapar grandes bocanadas de humo. Al igual que sus manos, su rostro es de un acerado amarillo y solo destacan en él el brillo astuto de sus ojos oblícuos y la persistente sonrisa de su boca.

Me deslizo junto a esta procesión interminable y de trecho en trecho, me siento embriagada bajo la influencia de un penetrante perfume que no sé exactamente de donde proviene, pero que, instintivamente, mis sentidos se desvían en su busca.

Hemos llegado a las puertas del nuevo palacio y el Hijo del Cielo es recibido con pomposa ceremonia. A sus plantas, copos de flores de delicada fragancia caen sirviendo de alfombra a este Dios de los Dioses.

Con extasiado espíritu al goce de tantas maravillas, contemplo una vez más este mundo de ensueño, y cierro los ojos para que todo quede impreso en su retina.

* * *

Anoche soñé, y al despertar.. . todo lo hallé igualmente bello, pero.... desencantado.

Aquellas fragantes flores que tan poderosamente llamaron mi atención, al aspirarlas, no exhalaban su perfume....

Las ricas vestimentas y deslumbrantes joyas con que se cubrían los poderosos, proclamaban las distinciones sociales. Y en las caras de ojos oblícuos de la clase humilde, fulguraba un destello envidioso, aunque sus bocas permaneciesen rasgadas por la eterna sonrisa.

La caña del bambú, que tantas generaciones viene enriqueciendo a este país de muñecos, de gustos excéntricos, la ví en manos de la justicia, azotando a los hombres en castigo a las faltas cometidas.

Junto a grandes extensiones de terrenos, escrupulosamente cuidados por las hábiles manos chinas, aparecían otros más inmensos, interminables, sembrados de tumbas....

Miles de hogares, como en cualquier otro lugar del mundo, palpitan con sus risas y sus lamentos, sus luchas y sus muertes; no obstante, sueñan confiados en un porvenir de más amplios y luminosos horizontes.

Vivir, es soñar. A todos, hombres y mujeres, pequeños y grandes, nos mantiene tensos una ilusión que podrá o no realizarse, pero que nos hace soñar....

Cuando el sueño se ha convertido en realidad, saboreamos al principio la miel del triunfo, pero poco a poco vamos apreciando ciertas partículas hediondas con las que no contábamos. Y es que los sueños, llenos de extrema fantasía, nos mantienen felizmente sugestionados con una mezcla de engaño.

A raíz de un sueño plena o medianamente logrado, nace otro y otro y otro, y así perduran hasta la muerte.

Gentes soñadoras, a la vera del Vinalopó, dieron a su pueblo un bello nombre: DAHELLOS. Doce siglos después, la magia evocadora de ese nombre se encrespa en la albura de estas páginas, como espuma de un cálido afán de bellos resurgimientos.

CANTO A ELDA

por J. MADRONA

Elda, voy a ofrendarte los tibores
de mis hirvientes rimas exaltadas;
a susurrarte el verso jubiloso,
que tiembla como un rezo en mi garganta.
Hoy siento que mi pecho
vibra como el metal de tus campanas,
como tus brisas, que presienten mares,
como el duro ajetreo de tus fábricas;
y en la fragante comba de tu cielo
mis metáforas cálidas estallan,
cual en tus áureas fiestas septembrinas
la altísima eclosión de las carcasas.
Lo mismo que a una novia
te llevo en mis pupilas espejada;
y es gala de mis ojos
tu estampa núbil, ondulante y clara;
y es mi orgullo mirarte tan esbelta,
ceñida de vergeles, reclinada
—reina de sensitivos horizontes—
en tu fresca alcatifa de esmeraldas.
Me gusta verte al filo del crepúsculo,
mirarte recostada
sobre el suave declive de tahullas,
donde, altivos, te celan y te halagan
Bolón enorme, con su empaque austero,
y el Cid, Tenorio eterno de tus gracias.
Y admirarte después, cuando la noche
su esponja negra en tus verdores pasa,
con tu veste de luces, como un cielo
caído entre Bateig y Santa Bárbara.

Te he visto cuando rompen las sirenas
el ingenuo cristal de la mañana,
generala de pasos presurosos,
que bordan en tus calles y en tus plazas
el encaje invisible
de tu inquietud proteica y honrada.

Y te he visto en los días
dorados de tus fiestas, desbordada,
como la nieve en flor de tus almendros,
como el cuerno feliz de la abundancia.

Y viéndote tan bella,
tan gentil, tan alegre, tan ufana,
tan inquieta, tan rica y laboriosa,
tan reina sin disputa del mañana,
yo he bendecido a Dios que me ha incrustado
en la carne amorosa de tus gracias.

Elda, radiosa y núbil,
Elda, sonora de afanosas máquinas,
¡cómo te cantará en la noche augusta
Castelar desde el bronce de su estatua!
A veces me imagino
que soy un trovador de airosa capa
y escarcela repleta
de loas, madrigales y baladas;
y busco tus callejas retorcidas,
doloridas de ausencias musulmanas,
con religiosas hornacinas, lises
de tu estirpe cristiana;
calles en sortilegio que crismaron
tus Condes, cuando andaban
a ser Virreyes en lejanas tierras,
a mandar tercios en extraños mapas
y fabulosas naves en los mares
que España santiguaba.

Y subo al Partenón de tu medievo;
y me detengo ante el ruinado alcázar
donde acunaron reinas sus amores
entre brillantes coros de azafatas.

Cegado ante el ocaso
de las oscuras piedras milenarias,
se hace fiebre mi sed evocadora
y mis versos se alargan,
como dardos de fuego, estremecidos
sobre las derruídas barbacanas.

¿Pero qué queda ya de aquellas glorias,
Elda condal, al viento de mis ansias?
Has trocado sin pena tus blasones
por el oro en zapatos de tus fábricas.

¿Qué queda de tu ayer aurisolado?
¿Qué preseas recatas
del tiempo cenital en que tu nombre
se desplegaba en Flandes y en Italia?

Condes, reinas, blasones,
todo yace entre el ruido de tus fábricas
¡Has perdido tu ayer en el camino,
y te has hecho señora del mañana!

Pero así estás más joven,
con tus esbeltas calles, tachonadas
de templos de trabajo,
donde tu gozo incontenible canta.

¡Si el Seráfico ahora
te viera tan rumbosa y tan lozana,
el caduceo en tus tremantes manos
y el alma tensa en maternal albada!
¡qué jocundos piropos te diría

BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL ★ ELDA ★

con su afilada lengua de cantáridas!
¡Si auscultara tu calle de Jardines,
tu Calle nueva, cursilona y fatua
desfoliación de orgullos,
tu Calle de Colón, atormentada,
cordón umbilical con el que anudas
tu nuevo ser a tu ancestral entraña,
y tu rua sedienta
de Salmerón, escapadiza y cándida,
que bebe rectilíneas singladuras
en la copa floral de sus acacias...;
tus calles proletarias, pero altivas,
sin cicatrices de plebeyas llantas...!

A veces tus ingenuas tradiciones
sin freno se te escapan
en éxodo jovial, abigarrado,
al Santo Negro, al Chopo, a las Gervasias,
al Arenal, anclado entre bancales,
al Pantano a Caprala...
¡La rosa de los vientos bullangueros
siempre lució prendida en tu solapa!

Así eres tú, mi pueblo, donde un día
Aragón y Castilla se besaban.
Aragón te dió el lujo de sus fiestas;
Castilla, el recio afán de sus besanas;
y así eres hoy; rumbosa al divertirte,
y en el trabajo intensa y afanada.

Por eso acuden a tu lar los pueblos
y te hacen novia azul de la comarca;
por eso hay que quererte
con encelada floración del alma.

Ser de Elda, soñar bajo tu cielo,
¡qué plenitud de olímpicas fragancias!
¡Saberte madre joven
de mis líricas ansias,
y hacerte reposorio de mis sueños
y litúrgico altar de mis plegarias!

Cuando sea el fastigio de los siglos,
cuando en los cielos asombrados haya
feria de pueblos en tremor de amores,
yo con mis rimas cálidas,
con el empuje recio de mi verso,
levantaré ta plaza
de Castelar, bruñida de verdores,
y en ella, palpitando entre las mallas
de palmeras, rosales y alhelíes,
brindaré a las esferas dilatadas
tu corazón de novia de cien pueblos,
que olvidan por tu risa su nostalgia.

TARDE A CABALLO

A caballo va el poeta...
¡qué tranquilidad violeta!
J. R. J.

¡Qué tranquilidad doliente
la de la tarde muriente...!

El poeta asiste a caballo
al entierro emocionado
de esta tarde azul de Mayo.

Hay adioses de arrebol en el paisaje.
Cada flor es un milagro de color,
y el alma un abanico abierto sin varillaje.

El poeta se halla atento y conmovido
y acaricia largamente la crin negra de la jaca.
El poeta, borracho de tarde, escucha su latido.

¡Qué tranquilidad doliente
la de la tarde muriente...!

El alma se ha hecho espacio y luz y cielo.
Se ha olvidado del mundo, del tiempo y del sonido
y volar a por besos infinitos es su anhelo.

Los campos, ¡qué inmensos! ¡qué inmensos los campos!
La vida, ¡qué hermosa! ¡qué hermosa la vida!
¡Quién fuera para siempre cielo y luz, espacio y canto!

La llama roja del último cirio del día
se apaga abrazando la montaña, azul de lejanía.
Va a empezar el triunfo de la plata astral que en el cielo había.

¡Qué tranquilidad doliente
la de la tarde muriente...!

RODOLFO GUARINOS

CHIMENEA + BRUJA = CUENTO

por ALBERTO NAVARRO

—Henos aquí en la áspera región navarra. Vamos a hablar de chimeneas y brujas.

—No me diga Vd. más. La escena va a situarla en Zugarramurdi, como si lo viera. El tópico brujesco.

—Pues no, señor. Situar brujas en Zugarramurdi sería una burda ausencia de originalidad y buen gusto. El valle de Baztán, en que se encuentra, está ya desprestigiado en este sentido por la honda secuela que dejaron las hechiceras del siglo XVII, pese a las hogueras de Logroño. Situaremos nuestro relato en cualquier pueblecito perdido en el Roncal, o mejor aún, nos lo inventaremos, para que después no nos vengan descubriendo errores pequeñitos y grandes.

—Adelante, pero no se olvide de la chimenea. Si nó, no vale.

—La chimenea es el eje, flota como la sombra de Rebeca sin intervenir jamás. Escuche:

* * *

Cuando los gallos rasgaron las sombras con el navajazo hiriente de su «kikirikí», un informe montón de andrajos que yacían sobre un mísero lecho, se removió. Era en una casa tan pobre, ruinosa y húmeda como otra cualquiera, con profundos goterones dejados por las recientes lluvias. Los andrajos se agitaron otra vez a un nuevo ataque sonoro de los gallos y tras un suspiro y un largo bostezo, se alzó una cosa que parecía una cabeza humana. Arrugada piel, lacios cabellos de un gris sucio, ojillos hundidos en piltrafas de carne enrojecida y sin pestañas; largas y esqueléticas las extremidades, una figura vacilante se envolvió en sus derrotadas ropas e hizo ademán de ponerse el inevitable pañuelo en la cabeza. Hizo ademán solamente. La mano se quedó en el aire, con el negro pañuelo pendiendo mientras la faz ya de sí lívida de la vieja se ponía terrosa, y los ojillos se abrían desmesuradamente en un espasmo de terror casi animal. En un gesto apresurado sacudió el pañuelo y ropas. Un espeso polvo negro cayó de ellas, ennegreciendo el sucio suelo. «¡Hollín! —se repetía la vieja— ¡Es hollín! ¡Hollín de chimenea!»

Sus ojos se dirigieron hacia el rincón donde solía dejar la escoba plantada todas las noches. No estaba allí. La vieja la descubrió, a los pies de la cama, con inequívocas muestras de haber tenido contacto con la chimenea.

Al ver esto tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

* * *

—¿Y por qué tanto jaleo por un poco de hollín?

—Parece que no lo ha entendido Vd. mucho. Lo que aterra a la vieja no es el hollín

sino su significado, la causa de que en sus ropas haya hollín. Porque ya otras veces, después de un sueño profundo encontró sus ropas impregnadas de polvo y la escoba movida.

—¿Y cómo se lo explica ella?

—No se lo explica de ninguna manera. No sabe qué pensar. Pero sigamos con el relato.

* * *

Arde la cabeza de la vieja, cuando, con el cesto al brazo sale de su casa a comprar alguna cosa con qué mantenerse con la parquedad acostumbrada.

Ya le ha asaltado una sospecha varias veces, pero es tan horrible que no la puede aceptar ni en principio. Todavía quedan algunas brujas o descendientes de ellas en el Roncal. Ella las ha visto en alguna cabaña apartada, componiendo filtros y untos que a escondidas van a comprar los crédulos lugareños que fían más en sus brebajes que en los potingues de Don Ruperto, el boticario. En los corros de viejas, a las puertas de las casas, bajo la violenta luz del sol que calienta sus ateridos huesos, no pocas veces se ha comentado en voz baja que Fulana de Tal había sido vista lanzarse a los aires montada en una escoba, y que otra había estado encinta por un monstruoso maridaje con el Diablo en persona, acudido a uno de sus aquelarres. No sabe qué pensar la pobre vieja. No puede admitir que ella, sin darse cuenta, se despierte en la noche y tome la escoba, saliendo por el estrecho agujero de la chimenea, a concurrir a no sabe qué terribles conciliábulos. Don Ricardo, el cura, le aclarará esto.

Este la recibe con gesto amable En su ancho rostro siempre hay una sonrisa y una palabra afectuosa para sus feligreses. Hundido en la montaña, con una titánica labor sobre sus hombros, sin más deseo que los lugareños no incurran en pecado, es una persona a la que todos quieren.

—¡Bah! —ha dicho el cura cuando la vieja ha vertido sus temores— ¡Eso son paparruchas!

(El buen cura siempre dice lo mismo, incluso cuando encontraron un muñeco de cerá con una aguja clavada en el pecho y el nombre de una persona que el día anterior había muerto de colapso cardíaco.)

—Mira, hija mía, —continuó— Dios permite a Lucifer que ponga a prueba a los mortales, lo que origina bastantes calamidades, pero el poder de éste no alcanza a lo que tú me relatas. Esas desdichadas que se creen poseídas por el demonio, obran de tan extraña manera porque creen que tienen poder sobrenatural, y ya sabes que la fe hace milagros, tanto si se inclina al bien como al mal. Yo te aseguro que si en tu voluntad no existe intención alguna de hechicería, no has salido de tu casa sin tú querer. Busca, indaga, permanece despierta por las noches hasta que averigües la causa. Dios te iluminará porque le eres fiel.

Sale la vieja de la pobre iglesia —cuatro paredes agrietadas— dándole vueltas a las palabras del sacerdote. Y en su mente empieza a abrirse paso una idea insistente.

—Sí, —va rezongando por lo bajo— me barrunto que la clave de mi «brujería» va a estar en los cuartos que tengo bien guardados. Alguien los ha olido y arma todo este embrollo para quitarme de enmedio, volverme loca o cualquier otra cosa. Pero pronto lo sabré...

Y la negra sombra de la vieja, encogiéndose y alargándose al proyectarse sobre las irregulares paredes, fuentes y piedras, se pierde entre las callejas del pueblo.

* * *

En la estancia invadida por las sombras, que sólo ahuyenta un pobre candil de aceite con su mortecina luz, se escucha una respiración fatigosa que intenta ser normal. De vez en cuando, un punto brilla en el camastro al ser herido por la llama del candil. Es el ojo

vigilante de la vieja, que quiere salir de dudas como sea. El ojo se cierra y la respiración se finge acompasada, aunque el golpeteo del corazón de la anciana parece llenarlo todo. Ha sonado un leve ruido en la puerta exterior.

Dos sombras se recortan en su dintel al ser abierta. Dos mocetones fornidos, de brutal expresión, entran en el cuartucho. «Está dormida —susurra uno.— Mejor, manos a la obra. Mancha sus ropas y mueve la escoba a ver si la volvemos loca de una vez y nos llevamos los cuartos.»

«¿Dónde los tendrá la condenada? —murmura el otro—. Si lo supiéramos no haría falta este tejemaneje.» Uno de los intrusos se acerca al lecho con la escoba en la mano, coge las ropas astrosas y las lleva a la chimenea. Pero una sensación extraña le hace volver la cabeza. Se ha producido un silencio opresivo al cesar la fingida respiración de la vieja. Esta, incorporada en el lecho, los mira aterrorizada, sin fuerzas para gritar. Ha reconocido a dos sobrinos suyos que la odian fieramente. Ante la mirada atónita de los dos sobrinos que no saben qué hacer, la anciana se va deslizando por la pared, huyendo hacia la puerta. Sin decir palabra, los hombres se han mirado y comprendido. La ancha superficie de una navaja brilla con reflejos asesinos al ser herida por la débil llama. Y el hombre avanza hacia la mujer aterrorizada que se ha detenido junto a la chimenea. La vieja no puede gritar; el miedo le ahoga la garganta. Y a sus pies ve la escoba, ante la chimenea, manchada de hollín.

Y en su cerebro, enfebrecido por tantas noches de obsesionante preguntarse si será posible el embrujamiento que sentía, con la idea clavada a martillazos en su débil cabeza de que surca los aires en la escoba, le infunden la loca, la disparatada idea que la salvará de la cruel muerte que se le acerca inexorable.

Y los hombres, asombrados, ven como en un gesto rápido, la vieja ha cogido la escoba y se ha internado en la chimenea entre risas sarcásticas y alocadas. Unos segundos después la vieja ha desaparecido y allá lejos, en las negruras nocturnas, se pierden los ecos de su risa loca.

Idella - El Vinalapá - Albor
El Tijeretazo - El Cronista
Deseamos COMPRAR colecciones completas o números sueltos de TODA CLASE de publicaciones, periódicos o revistas editadas en Elda, así como programas de fiestas de Septiembre anteriores a 1936.- Ofertas: D. J. Madrona, Moscardó, 52.- LIBRERIA BASILIO, San Francisco, 1 y A. Navarro, Moscardó, 1, ELDA

Lírica

por J. MADRONA

Vengo de Alicante. Es de noche. Las ánforas helénicas del Mare Nostrum se han volcado sobre mis ojos en tierno plenilunio de asombros. Al paso jadeante del tren se presienten las euritmias de las ninfas oréades, que van arrojando presurosas sus tibores de castos almendros florecidos. ¿Qué extraños rapsodas hicieron este mismo camino, hace más de dos mil años, una clara primavera de felices augurios, a la querencia de los idílicos valles del Vinalapó tan hermanos de los del Cefiso mitológico?

Entramos en los campos azorinescos, transidos de sol y estigmados de olivos taciturnos. Los Chaparrales y Bolón, labios monstruosos de una boca cosmogónica, se abren en sonrisa de vergeles para acogernos en su fúlgida floración de luceros cautivos.

En la noche joyada de fecundos rumores hay un tremor de morbideces vernáculas.

El valle de Elda se abre en gozosa oblación de virgen impaciente, semejando en el océano de la noche una inmensa concha cuajada de perlas rutilantes.

Nos absorbe el embrujo del paisaje fantástico. Borracho de quilómetros y de ausencias, el tren parece subyugado por la visión maravillosa de la ciudad en desvelo, y sube golpe a golpe, beso a beso, la suave cuesta de Bolón, dando a los vientos de la noche en gozo sus más airosos penachos de humos fanfarrones.

Descansa un momento, extático, en la balconada de la estación, jadeante de férreas inquietudes; hasta que un silbido fatal, el silbo de hostiles dioses implacables, le obliga a reemprender su marcha de vértigo y de alucinación.

Se deshace en blancos sudores olímpicos; chirrian sus bielas en trágica protesta estéril; un oscuro presagio enciende llamaradas febriles en su testa reluciente; y asustando a los canes de la noche, el tren se suicida, romántico, ante los ojos desorbitados de la ciudad efébica, hundiéndose en el abismo tenebroso y plutónico del túnel.

Las sombras vigilantes del regio castillo se adelantan como viejas desdentadas para darme la noticia del epílogo trágico.

Y cuando llego a la clara plaza de Castelar, barrida ya de risas y de juegos infantiles, tocada ahora con las graves y negras gasas del conticinio, me parece como si el tenue surtidor del estanque susurrara una oración pagana por los manes del suicida, bordoneada en virgilianos conciliábulos por las altas copas de los pinos olorosos.

EL VALLE DE ELDA

por «GAVIDIA»

Lugar, el castillo de Petrel. Hora el anochecer. Desde una ruinosa estancia, por cuyo resquebrajado techo veremos poco después las estrellas, se abre ante nosotros, enmarcándolo un gran ventanal de gruesos muros, el valle de Elda. Nuestra atónita mirada recorre todas las gradaciones de matices hasta estrellarse en Bolón, punto en el que convergen las líneas de perspectiva.

No decimos nada; parece que hemos quedado mudos de repente; estamos subyugados; he aquí que se nos muestra completo el valle de nuestros sueños, el valle de nuestras lágrimas, a una hora propicia, en un estado de ánimo en que todo nos conmueve. Este valle del que formamos parte material, y que ahora, arrancados de él, contemplamos desde fuera curiosamente, embelesados, con admiración, haciéndose más firme en nuestro interior aquella idea que tuvimos cierta vez: «Por muchos atractivos que tenga el interior del cielo, nunca puede ser tan bello como visto en conjunto, desde fuera, sobre todo cuando está salpicado de blancos y redondos cúmulos, o de horizontales estratos prendidos de acuerdo con la mayor perspectiva tranquilizadora», ponemos como ejemplo.

Seguimos sin decir nada, pero sentimos rebullir las ideas en nuestro interior; éstas se detienen tímidas en nuestros arrugados cerebros; ¿caeremos nosotros en la vulgaridad de describir el ocaso que tiene lugar ante nosotros? Hablaremos de nubes teñidas de rosicler?, ¿de azuladas lejanías?, ¿de tierras pardas, ocres, grises?, ¿de frondas verdeantes?, ¿de brillos metálicos del agua al darle el sol sus postreros besos?. Bien quisiéramos evitar esta policromía, pero no sabemos como.

El valle, sigue que te sigue mostrándose a nuestras retinas espléndido, majestuoso, como invitándonos a que copiemos su gracia, bien con nuestras plumas, bien con nuestros pinceles. Pero, hace tiempo que nosotros dejamos el concienzudo estudio recargado de desesperantes detalles ínfimos; ahora tenemos el alma más amplia, la visión más abierta al mundo que nos rodea; somos comprensivos con todo, y todo lo queremos captar con cuatro rayas, con cuatro palabras de andamiaje que tengan cautiva el alma de las cosas; nuestro analismo, se convierte en un nuevo refundimiento de valores después de haber sido separados uno a uno y paladeados minuciosamente de la cosa toda. Y es que, cansados de tanto admirar la envoltura exterior de lo terreno, hemos llegado a la inevitable conclusión de querer adentrarnos por senderos que nos conduzcan a una más pura sensación contemplativa; nuestros ojos ya no miran; es el alma la que ve.

Por eso, esta extensión de terreno, con todos sus accidentes que contribuyen a formar el mejor de nuestros paisajes, —ese paisaje que siempre estuvo colgado en la sala de nuestra memoria cuando mayor era nuestra desesperanza, cuando mayor era nuestra ausencia, y del que un amigo me escribía: «...de nuevo entré en nuestro valle; me acogió amoroso con el abrazo de piedra de sus montañas...» ¿no es esto tan delicado, tan emotivo?—, esta extensión de terreno que tan capaz es de formar tan definitivo conjunto

para nuestras subjetivas reacciones íntimas, se nos muestra mudo de color, pero rico en ideas. Y es que, nuestro valle, para nosotros, no es un paisaje más con todos sus matices pintorescos; para describirlo tendríamos que bucear en el pozo de nuestros recuerdos y sacar a la luz aquellos instantes inefables que tuvieron como escenario el que ahora nos embarga el alma toda, y esto supone un esfuerzo mayor del que estamos acostumbrados a hacer.

Nuestro valle se va salpicando de lucecitas que paulatinamente han ido abriendo sus corolas a la noche; en el cielo, otras lucecitas guiñan sus ojos a las de aquí-abajo. Entre brumas, comenzamos la descensión del castillo llevándonos la mente transida de emociones. Tenemos la impresión de haber conseguido lo que pretendíamos: descubrir el espíritu de nuestro valle, aunque tal vez éste resida en el fuerte olor, que aspiramos con fruición, y que de un próximo corral nos llega. Sonreímos al pensar que otra vez descubrimos el campo al ser herido nuestro sentido del olfato por un delicado olor de heno, y este eclecticismo de sensaciones, unido a otros más que nos inspiran cualquiera de las cosas que cruzan nuestro campo visual, nos sumerge en un mundo interior de delicia sin límite. Nos mueve a satisfacción el que por fin hayamos descubierto nuestro valle, pero de una forma definitiva, como otrora lo descubrieron, —sin visos de parangón— un Azorín, un Castelar.

EL JARDIN ENCANTADO

por M. CATALAN GIL

La del alba sería cuando Don Quijote y Sancho llegaron al jardín castelarino.

—Noble Sancho ¿qué es aquesta floresta que desde aquí diviso?

—Cuerpo de tal, que algo diabólico es lo que vuesa merced dice; por mí le diré que mis nobles pupilas ven gran cantidad de árboles y un hombre en actitud de orar más alto que los árboles y tan verde como ellos.

—Adentrémonos en la floresta, amigo Sancho, que por mi señora Dulcinea te juro que gran aventura se nos presenta.

—Escalericas tenemos, que ni mi rucio puede remontar ni Rocinante tampoco.

—Apeate Sancho, y préstame tu ayuda para descabalgarme.
—¡Lucifer sea confundido! Si mis ojos no me engañan, un fiero y descomunal león, tan grande como los molinos de viento, diviso.
—Amigo Sancho, no temas y sigue adelante, que aquí está mi fuerte brazo para contender con todos los leones de Arabia y del Universo entero. Aunque me asombra encontrar leones por estas tierras, pues en ningún país de España se crían, si no son traídos del Africa. Mira las regordetas y enanas palmeras cuan fanfarronas se desperezan eternamente.
—Bajas y regordetas son Teresa mi mujer, y su hija Sanchica, sin resultar por ello fantasmonas.
—Fanfarronas dirás, que no fantasmonas.
—Fanfarronas o fantasmonas, lo mismo da Pepe que Roque.
—Sospecho, mi buen Sancho, que nos encontramos en algún lugar encantado, obra del sabio Merlín; y digo esto porque el león que tú temiste se encuentra petrificado, echando agua por la boca, y sirve de guardián a los peces del estanque en cuyo centro se encuentra; otro tanto te digo del hombre más alto que los árboles.
—No sigamos adelante, señor, que mi rucio se encuentra un tantico medroso y algo inquieto.
—Sigamos adelante para ver las espaldas del verdivestido. Si no tuviese por cierto que la más exquisita y fermosa doncella es mi dulce enemiga Dulcinea del Toboso, diría que nos encontramos ante la más acabada fermosura que ha regalado ojos humanos. Aquí sí es necesario desfacer un entuerto, desafiar al dueño de este jardín y venir a sin igual combate con él para desencantar a este dechado de la naturaleza. Demóstenes y Cicerón le sirven de pedestal a esta bella princesa... Noble dama; aunque mi corazón se encuentra preso en el amor de la ingrata Dulcinea aquí está mi invencible brazo, para libertarte del encantamiento en que sin duda alguna te tiene el dueño de este vergel, y también a tí, desconocido mancebo que sirves de vigía desde tu elevado lugar. ¡Columnas verdes y extrañas, labradas en metal, bancos jaspeados, raros árboles sin ramajes que os sirvan de amparo, comunicados entre vosotros por fino cable, palmeras fanfarronas, pinos altivos, olorosas flores, arbustos misteriosos, estanque descansado y límpido, y vosotras, edificaciones que los cercáis a todos ellos, sed testigos de mi desafío al sabio encantador Merlín, retado y escarnecido en esta hora y lugar, para si no se presenta dar el premio que el invicto Don Quijote se merece! Divino Sancho, salgamos ya de este lugar al parecer obra de moros por su magnitud y belleza.
—Juro por Alá que vuesa merced se encuentra mal del magín al creer esto obra de moros. Cristiano viejo era mi padre y cristianos viejos somos yo y mi rucio. Y al buen entendedor con pocas palabras le basta. Y al buen callar llaman Sancho. Y al que madruga Dios le ayuda ...

Y así, hablando, hablando Sancho, se perdieron en la claridad de la mañana.

VENUS ANADIÓMENA

Un céfiro perfumado que besa,
dirigido a Chipre, la rutilante
del Mediterráneo, clara turquesa
de sus aguas de hálitos abrasantes.

Un fúlgido sol en tonos cambiante,
de las ondas un coro que embelesa,
son heraldos que anuncian la brillante
concha que azules olas atraviesa.

Igual que la rosa que en abril nace,
irrumpe de la concha un peregrino
y bello cuerpo que al Olimpo agrace.

Maravilla el natalicio divino
de Afrodita, el invisible enlace,
en Tierra, del eterno femenino.

«GAVIDIA»

VENUS MEDITERRÁNEA

El Mediterráneo florece en carne de rosa
al conjuro dionisíaco de la espuma, rota
por la quilla del náuta intrépido que flota,
partiendo el mar azul del que nacerá la diosa.

¡Qué derroche azul de brisas hay en este día!
Las velas se han hinchado de vientos y sonrisas
de cara a la ibérica fiera, y la cálida risa
de los dioses rompe en el Olimpo la armonía.

La salada espuma ha endiosado la belleza,
al besar con canto mitológico de estrellas
la concha peregrina de la gentil proeza.

Venus Afrodita surge de las aguas bellas,
ofreciendo al sol el esplendor de su cabeza
griega, que sonríe al amor, coronada de centellas.

RODOLFO GUARINOS

VIENTO DE JUNIO

El viento se ha peinado
sin raya la melena
y quiere en esta tarde
alborotar mi alma.

El viento se ha peinado
—él que siempre despeinaba—
y me ha traído a la frente
besos y cabellos de la amada.

El viento se ha peinado
contra la torre espantada
y se ha mirado al espejo
de la fuente sosegada.

Yo dejaré que sus dedos
jueguen en la madrugada
con mi tristeza de vidrio,
con el cabello de mi alma.

Yo dejaré que el silencio
—¡duerme, alma desvelada!—
le ponga asedios de ojeras
a mi soledad callada.

Yo dejaré mis ventanas
abiertas a sus preguntas
y responderé sin ecos
a su canción angustiada.

Y tal vez, tal vez el viento
se vaya de madrugada
como un amante furtivo
con el alma alborotada

RODOLFO GUARINOS

Y YA NO FUE PAR

Yo te apartaba
yo te enseñaba el
tú me mirabas
y lanzabas
al viento tu risa c

Yo te seguía
yo de tu aliento a
tú me mirabas
y lanzabas
al viento tu risa c

Yo asida tu ma
yo tu guedeja rot
tú me mirabas
y lanzabas
al viento tu risa c

Pino de ver
húmeda tie
rota la ram
no es tu cir
la que sero
mi brazo o

Y tu risa clara
ya no fué para el
Y tu risa clara al
se cambió por un

PARA EL VIENTO

taba las ramas,
ba el camino,
as

risa clara.

ía impaciente,
nto aspiraba,
as

risa clara.

u mano tenía,
a notaba,
as

risa clara.

de verde,
da tierra,
a rama;
tu cintura
e se rompe;
azo o mi alma.

cla a al salir,
ra el viento.
ra al salir,
or un beso.

«GAVIDIA»

CREPUSCULO

Soledad. Silencio. Calma.
Quietud que penetra el alma.
Todo es paz.
En la paramera yerta
—aparentemente muerta—
duerme la tarde callada.
No turba el reposo nada.
Tan solo, de vez en cuando,
se oye al pastor que, cantando,
distrae su ocio obligado
mientras guarda su ganado.
Oscurece.
El sol se va sepultando
en borrosos horizontes.
Llega la noche, acezando,
cuesta arriba por los montes.
Todo duerme.
Las estrellas, en la altura,
lucen su estremecimiento.
En la tierra, suave viento
mueve la campiña oscura.
Los reflejos argentados
de la luna decreciente
llenan el cielo durmiente
de misterios encantados.
Todo es paz,
quietud que penetra el alma,
soledad,
silencio,
calma...

E. GRAS

BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL ELDA

Como burbujas

por M. CATALAN GIL

Soy un sentimental. Fumo en pipa. Uso bastón, un menudo bastón con el que me agrada golpear los guijarros que encuentro en mis paseos y lanzarlos a lo lejos. Creo en la bondad humana. De ahí que haya empezado mi escrito afirmando ser un sentimental.

Me hallo muy cerca del medio siglo de mi existencia terrena y en toda ella he procurado ser una buena persona. Si lo he conseguido o no, respondan mis enemigos. La opinión de nuestras amistades lleva siempre consigo cierta lisonja que la desvirtua; es la opinión de aquellos individuos a los que no hemos sido gratos la que hunde o eleva nuestra personalidad, aunque ellos pretendan siempre hundirla.

Desde los treinta y siete años me encuentro avecindado en el medio rural de Vergelina ejerciendo en él y todos los caseríos de su amplia huerta la profesión de médico. También desde hace unos trece años, cada semana pergeño en toscas cuartillas un artículo o trabajo literario que envío al semanario de la capital; siempre lo he visto insertado. Esto me ha dado cierto renombre entre la familia que forma mi clientela. No todos han alcanzado a leer algo de mi producción, pero sí se han dado por enterados de que ésta existe. Esto es la mayor felicidad que me han procurado mis colaboraciones literarias, toda vez que mis sencillos clientes se muestran orgullosos de ellas y las consideran como labor propia.

Voy a escribir de mi vida. Me retiré a este lugar atraído por la quietud del campo. Me agrada éste más que la ciudad, aunque periódicamente me permito alguna escapada a la cercana capital, donde cobro el importe de mis trabajos literarios, adquiero algunos libros, pocos, y me retiro nuevamente a la tranquilidad vergelinense. Al pensar que he llegado a tan avanzada edad sin formar un hogar, me avergüenzo de ello y una inmensa tristeza invade mi alma. Mas pronto se disipa al meditar que en este lugar soy como un familiar más entre los rudos aldeanos que lo pueblan; esto me consuela. Nunca he escrito para matar el tiempo, sino porque he hallado la felicidad pergeñando cuartillas. Al escribir he huído siempre del lirismo ramplón; las metáforas en serie, me han sonado como música de organillo, en todo instante.

Algunas veces he colaborado en publicaciones de los pueblos cercanos a Vergelina, publicadas en la fiesta grande de la ciudad en que se han editado. En estos casos he claudicado de mis ideas al celebrar la belleza de mujeres que nunca había visto y cantar la inmarcesible hermosura de la ciudad que jamás había visitado. Al repasar lo escrito, me he sonreído ante los ditirambos y frases prefabricadas que he tenido que insertar en mi prosa para

ponerme a tono con la publicación. He creído siempre, y continuo creyendo ahora, que la sencillez da la poesía y, por tanto, la belleza. La poesía no se encuentra en ningún lugar determinado; es el escritor quien ha de mostrarla al público extrayéndola de todos los lugares, de los ambientes todos. Confieso que nunca he buscado la poesía de la vida, pero muchas veces la poesía ha salido a mi encuentro obligándome a hacer una pausa en mi camino; si he conseguido expresarla, en eso ha consistido mi felicidad. En cierta ocasión hube de escribir una serie de artículos para una revista técnica de medicina. Nada más lejos de mi afición en aquellos instantes que envolverme en la aridez de unos trabajos de esta naturaleza. Siempre a la hora de la siesta y cuando el sol parecía querer disolver el asfalto de la ancha calle de mi pensión, abría el balcón de mi cuarto y esperaba. La soledad de la ancha calle era rota, en esta hora, por una joven cuyos vestidos variaban contínuamente. La sombra que reflejaba a su paso por la calle despertaba en mí divagaciones incoherentes; de ellas nacieron estos artículos de que antes hablé; la poesía quedó convertida en cinco ensayos.

Me encuentro fatigado al llegar a la altura de este escrito. Todo se ha perdido en burbujas. De mi vida apenas he escrito. ¿Pero qué es mi vida? ¿Qué tu vida, lector? Somos como burbujas en la charca de la vida. Como burbujas brotan en nosotros las ideas, las opiniones. Si esto que he escrito se encuentra formado por burbujas, de mi vida se trata.

Lee y medita.

POLEN

por A. GONZALVEZ AGUADO

Como las olas del mar,
así es tu amor: arrebato.
Se ilusiona sin cesar
y se abate al poco rato.

Vamos en nuestro querer
por un opuesto sendero.
Tu te acercas sin querer.
¡Yo me acerco porque quiero!

El tiempo que no te veo
vivo, sin serlo, feliz.
Prefiero ser infeliz
y verte si lo deseo.

Si por corazón tuviera
un sonoro cascabel,
cada vez que yo te viera
alegre sonara él.

Veremos niña, veremos.
Veremos a quien irás:
A mí, que tanto te quiero
o a aquél que te quiere menos
pero que tú quieres más.

Dulce y amargo es amor
—en eso sí que estoy cierto—
Dulce para el soñador
y amargo para el despierto.

RITTORNELLO

Estaba roto el arco del silencio puro
por la arribada feliz de la armonía.
Tus manos eran mariposas. Aquel día
liberaste mi alma de su mundo oscuro.

Eran de oro viejo, de trigo maduro
los quilates de tu suave melodía.
Tocabas a Chopín. Su recuerdo ponía
sueños tristes en el aire, a tu conjuro.

Venían a mi mente febril cosas bellas
que en cálida ronda a mi inquieta fantasía
hacían nacer romances de lágrimas y estrellas.

Tu música fué verso. El alma mía
de aquella tarde guardará las huellas.
Allá en su tumba, Chopín te sonreiría.

R. GUARINOS

4 L poetas

A TOLEDO

Como a la novia dulce y presentida
llegué, Toledo, soñando a quererte;
rinden mi voluntad, sin conocerte,
tu añejo encanto, tu grandeza ida.

Bebí en leyendas de Bécquer tu vida
y en los pinceles del Greco tu muerte;
tu vida mora, vigorosa y fuerte,
tu suave muerte de ciudad dormida.

Quizá en alguna calleja torcida
llama una mano llorando su suerte,
entre arabescos de reja florida...

No sé si me hace esa mano quererte
cuando me llama, triste y dolorida;
pero te quiero, Toledo, sin verte.

ALBERTO NAVARRO

PLEGARIA

SEÑOR:

Si te ofendí con mis pecados,
si mis culpas son grandes
y frecuentes,
perdóname, Señor,
no me atormentes
con este horrible tantálico suplicio.

Afrontaré resuelto el sacrificio
de todo cuanto amé;
renunciaré a los goces de la vida
resignado, con fe...

Mas aparta de mí este amargo cáliz
que hasta el fondo apuré
y torna a mí tus ojos...
¿No me ves vencido,
destrozado,
solo?
Señor: Abandonado
de Tí, valor me falta
para seguir llevando esta mi Cruz.
¡No me dejes, Señor, desamparado,
y vuelve a mí tu luz!

EDUARDO GRAS

VINALAPÓ

Estéril, pútrido, feo, maloliente,
río abajo va, mi cuitado río,
llevando al mar, y el llevar es envío,
de sus aguas el frémito doliente.

Un rebullir refleja su corriente
de dolor, que a la vez tórnase mío;
palpitan sus aguas breves, sin brío,
¡como alma en pena que dicha presiente!

¿Qué de tu caudal, dó tu galanura?
¡Si es tu pobreza tal que como el Loco,
río has de ser de la Triste Figura!

Desperezando pausas de dulzura,
serpentea tus aguas, poco a poco,
para contar al mar tu desventura.

«GAVIDIA»

LA PEOR DERROTA

por ALBERTO NAVARRO

Corría el año 1253. .

¡Qué quietud hay en el verde valle que cruza el Vinalapó! Las tranquilas aguas del morisco Guadarrambla son límpidas, diluída en su masa la sangre que lo enrojeció más arriba, en los abruptos terrenos de Biar, que las mesnadas del Rey Don Jaime I de Aragón reconquistaron, a golpes de espada, de las manos sarracenas. El valle, entre las moles de Bolón, la Torreta, el Cid, Chaparrales y Bateig, parece estar sumido en un edenial existir.

Pero esta apariencia no responde a la realidad. Porque en las casuchas que se apiñan al pie del fuerte que se eleva en un cerro, se agitan los moradores en inquietud indisimulada. El pueblo es muy pequeño, empieza a unos metros del peñón y termina con la blanca mezquita mayor, donde los cristianos clavarán su cruz y pondrán imágenes veneradas. Las calles que más tarde se llamarán de la Comadre, del Estralazo, de Dueñas, Purísima, y las plazas de arriba y abajo donde viven el «cadí» y sus «aljamas» hierven de excitación. Aunque la soldadesca del fuerte no ha dicho nada, todos saben que las vanguardias del rey aragonés vienen por la rambla de Sax, después de haber sojuzgado, tras violentos combates, los casi inexpugnables baluartes de Biar y Castalla. Los habitantes, moros en su totalidad, saben de las violencias de los mesnaderos en las poblaciones que conquistan, y dudan si huir a los montes cercanos o esperar la llegada, confiando en que al final se hará lo que Alá haya dispuesto.

En medio del valle, junto al río que refleja su mole grisácea, se yergue el fuerte reducto musulmán. Consta de un primer muro de contención y en lo alto, un esbelto torreón y unas pequeñas habitaciones sobre las lóbregas mazmorras donde gimen algunos prisioneros cristianos. En sus almenas, sobre las cuales ondea orgullosa la verde bandera con la media luna, un oficial moro avizora las lejanías de colores desleídos, suaves y amables, por donde vendrá el alud incontenible y mortífero de los guerreros de la Cruz. A los pies del cerro ve las fuerzas sarracenas extendidas estratégicamente. Los enlaces van y vienen, dando cuenta de la marcha de las tropas aragonesas, y un hálito emocionado corre las filas de los bravos moros cuando distinguen a lo lejos una polvareda que se va agrandando y el chocar del sol en las puntas de las lanzas y en las bruñidas armaduras cristianas.

El alférez moro también lo ha observado mientras considera en su mente las posibilidades de victoria. Y sus pensamientos van a aquellas épocas pasadas en que la avalancha mora era incontenible cuando la media luna ondeaba a los cuatro vientos y los muecines hacían sus ofrendas en toda España. Aquello había pasado, y ahora tendrían que volver a sus desiertos africanos o a sus lejanas ciudades orientales, derrotados.

Ya se percibían los sones de los cuernos de guerra y los tambores cristianos animando a la soldadesca, que después de las terribles batallas libradas y tras un breve descanso, proseguían su marcha reconquistadora a través de los caminos de España.

La caballería, con sus briosos corceles cubiertos de gualdrapas de campaña con los colores o blasón de la casa que servían, abrían camino. A la vista del torreón y de la fuerza dispuesta en sus defensas, la columna se detuvo.

Su jefe, Bernardo Amat, llamó a sus capitanes, dos de los cuales eran hijos suyos, y con voz breve y enérgica les dió las órdenes precisas para el ataque, si era rechazada su propuesta de rendición.

Terminado el acto de instruir a sus capitanes, uno de los hijos de Amat, con un jinete al lado portando blanca enseña, galopó hacia los reductos moros.

Y Axim-ben-Farach, el alférez que desde lo alto del torreón contemplaba la escena con los nervios tensos, esperando la orden de entrar en combate, admiró el sereno caminar de los dos cristianos hacia los muros hostiles, erizados de lanzas y cimitarras. Ya a corta distancia de la primera línea, el capitán cristiano detuvo su caballo y gritó a las filas moras:

—¡En nombre del muy noble Rey Don Jaime I de Aragón! Rendíos, musulmanes, y rendid el fuerte a las invictas banderas aragonesas. No teñid estas rocas con vuestra sangre de bravos en un estéril esfuerzo. Los soldados de mi gran señor acuden de todos los lados en alud contra vosotros. Rendíos y podréis retiraros sin ser molestados.

Hasta Ben-Farach llegó, tan nítidamente como oyera la demanda del cristiano, la respuesta del jefe moro:

—Volved grupas, cristiano; volved a vuestras líneas y tornad con las armas; pues sólo aceptaremos el fallo que éstas den a nuestro pleito. Y lo que tenga que ser sucederá, porque así está escrito.

Llevándose la cruz de su espada desnuda a los labios, en un cortés saludo, el capitán Amat volvió a sus filas.

Y Axim-ben-Farach contempló el despliegue de las fuerzas, disgregándose en distintos trayectos alrededor del altivo peñón que se elevaba aislado, sin casas a su pie que obstaculizaran su defensa.

En un silencio casi total, las columnas cristianas, a la vista de sus enemigos, iban cercando el fuerte, situando el grueso de sus fuerzas frente al torreón, en el terreno menos abrupto y de más suave pendiente.

Sin previo aviso, las ballestas comenzaron a lanzar sus mensajes de muerte, y los peones con sus arcos tensados y las flechas prontas comenzaron el asalto. Y pronto un alud de masas revestidas de acero cubrió las laderas del peñón. El aire gemía herido por las saetas que lo cruzaban de una parte y otra; la tierra retemblaba con el retumbar de los peñascos que los moros hacían rodar sobre los asaltante. Bajo la lluvia de venablos que parte de la muralla, los peones cristianos colocan sus escalas a lo largo del tosco murallón y suben rápidos, esquivando las flechas y lanzándose sin vacilar, temerariamente, dentro del recinto moro. Con incontenible empuje, los guerreros cristianos irrumpen tumultuosamente en la muralla, la ancha espada pronta. Y allí el horrísono fragor de la batalla, el chocar metálico de alfanges y montantes, lanzas y cimitarras, el hendir cabezas y destrozar miembros. El numeroso ejército cristiano se impone a la guarnición, que sucumbe valerosamente con el nombre de Alá en los labios y la cimitarra ensangrentada en la diestra.

Vencido el primer murallón y antes que los del torreón puedan situar mejor sus defensas, continuan los cristianos su ascensión, salpicada de gemidos y alaridos de los que caen heridos de muerte por los certeros flechazos.

Nuevamente se entabla el cuerpo a cuerpo. Los guerreros combaten con valor y denuedo, haciendo alardes de arrojo y desprecio a la muerte que campa a su antojo. La ancha loma donde se eleva el torreón está llena de muertos y heridos que se revuelcan entre el polvo que levantan los pies de los que luchan. El choque de los aceros lo llena todo, pero ya empiezan a escucharse los alaridos de victoria de los guerreros cristianos que ven como se reducen los grupos mahometanos.

Axim-ben-Farach está combatiendo como un bravo en primera línea. Esquiva los fuertes mandobles que le dirigen los fornidos aragoneses, y su ágil cimitarra se tiñe una y otra vez en sangre, al hundirse en la carne de los cristianos. Sabe que su causa está perdida irremisiblemente; pero combate por su honor de soldado que no entrega lo que está a su custodia, mientras le quede un hálito de vida.

Ante él ha aparecido un gigantesco guerrero, tocado con el férreo capacete y un

pesadísimo montante que maneja con ambas manos. Es Ximen Amat, uno de los hijos del jefe de la mesnada. Ben-Farach elude el violento tajo con que lo saluda el cristiano y lanza una cuchillada formidable que se pierde en el aire.

El alférez moro va retrocediendo ante la lluvia de tajos, mandobles y estocadas que va esquivando milagrosamente, hasta que su espalda choca con la pared del torreón. Sintiéndose vencido, Axim lanzó un desesperado ataque contra el cristiano pero cuando iba a repetir la estocada, sintió que su cuerpo vacilaba, que la tierra se abría a sus pies, y súbitamente desapareció de la vista de Ximen Amat, dejando tras sí una nube de polvo. El crédulo guerrero, asombrado y creyendo ver en aquello un ardid del Maligno para salvar a uno de sus fieles, se santiguó rápidamente y prosiguió el combate en otros lugares.

Ben-Farach había caído, entre una nube de polvo y cascotes a un profundo subterráneo. La caída le dejó inconsciente y no pudo ver cómo iban cayendo piedras sobre la abertura que se lo había tragado y el subterráneo quedaba totalmente a obscuras.

* * *

El moro abre los ojos sobresaltado. A intervalos escucha sordos estampidos que no sabe qué los produce. Mientras se despeja su mente va recordando el asalto al fuerte, la derrota musulmana, el guerrero de los mandobles y su caída al subterráneo. Y vagamente recuerda un sueño que ha tenido en el que ha visto tristes estampas de derrotas y lágrimas.

Ha visto a Granada, la perla del Califato, asaltada y capturada por los enemigos; ha contemplado la huída de los últimos guerreros musulmanes en sus galeras hacia las riberas africanas, hasta donde son perseguidos por los soldados de la Cruz. Ha contemplado también la triste vida de los moros convertidos, y finalmente su expulsión del suelo español.

¡Qué triste sueño ha sido el suyo! Ben-Farach se incorpora; limpia sus ropas de polvo y mira a lo alto, donde un hilillo de luz le indica la salida. El pasillo subterráneo en que ha caído se pierde a lo lejos entre tinieblas. El moro, con su cimitarra intenta ensanchar la abertura para abrirse paso y mientras trabaja se sobresalta por los estampidos que atruenan el aire continuamente. Ya es suficiente la brecha para darle paso, y al trasponerla, lo que ve le llena de asombro.

Se encuentra ante el torreón, sí, pero éste eleva su mole horadada por varios sitios en completa ruina. A todo lo ancho del cerro no se ven más que ruínas, lienzos ennegrecidos y perforados. Ben-Farach no sale de su asombro. Estos restos no son los de su fuerte avanzado de Dahellos; este nunca tuvo estos altos paredones cubriendo todo el montículo. Sin conseguir explicarse lo que ha ocurrido, sale del torreón y anda unos pasos. «—¡Por Alá, o yo estoy loco o he dormido largo tiempo!» — se dice al ver ante sus ojos la incomprensible extensión de un panorama de tejados coronados por chimeneas, casas blancas y altas, y un extraño edificio gris con dos torres gemelas, parecido a las iglesias que él había visto en algunos lugares de la España árabe convertidas en mezquitas. Convencido de que todo aquello era una continuación de su mal agorero sueño de la derrota musulmana, descendió por un puentecillo rústicamente construído que cerraba con su arco una pequeña plazuela. Pasó bajo este grueso arco y contempló los extraños trajes de mujeres y chiquillos, tan diferentes de los usados por los moradores de su Dahellos. Lo que más le extrañó fué el que nadie se asombraba al ver sus lucidos arreos militares.

Atraído por el contínuo arcabuceo, siguió adelante, cruzó calles anchas, limpias y con altos edificios a sus flancos. Sin darse cuenta se vió envuelto entre un alud de gente que caminaba en una dirección definida. Lo que más intrigaba a nuestro alférez eran los

trajes. «¡Bah, cosas de este sueño que el maligno Chaitán me ha enviado!» se dijo. Con todo, por si acaso aquellas figuras tomaban vida agresiva, empuñó su cimitarra y siguió la corriente. Llegados a un ensanche, entre dos bajos edificios de colores claros, el moro abrió dos palmos de boca. Ante él ondeaban sus banderas, la verde con la media luna y otras rojas, portadas por bellas huríes, hermosas como lunas, y aguerridos soldados de vestimentas excesivamente lujosas. Lo que paralizó al moro fué observar que en lugar de ostentar sus banderas signos arábigos los tenía en letras de los «rumis» odiados. El asombrado alférez renunció a querer comprender y siguió observando. Vió muchos moros, muchos. Unos montados en briosos alazanes, otros a pie, pero todos ornados con unas descomunales barbas negras y armados de unas raras herramientas que a intervalos levantaban al aire y hacían atronar como cuando el cielo descarga su ira sobre la tierra. Contempló otros hombres vestidos con negros trajes y blancas golillas; otros más con un abigarrado conjunto crema y azul, con multicolores mantas al hombro; otros, en fin, con anchos sombreros emplumados y largas y finas espadas. Y el gentío mirando aquello sin temor y riendo.

Ben-Farach vió que los moros habíanse situado, sin dejar de disparar sus herramientas, dentro y fuera de un pequeño castillo de madera pintada, ante el cual se paraban los otros hombres de raros vestidos. Y vió como se acercaba un guerrero a caballo que, con voz bastante apagada dijo un discurso que el moro no entendió. Cuando terminó le contestó largamente un moro gordo y barbudo desde el castillo en una lengua totalmente desconocida para Ben-Farach.

Volvió el cristiano a sus filas y nuevamente comenzó el tiroteo. Axim, el moro, siguió allí impertérrito, dominando su primer impulso de ponerse junto a los que se reunían bajo la bandera verde, para ver en qué quedaba aquello que tan nuevo era para él.

Y cuando vió que los moros iban saliendo tranquilamente del castillo de madera, mientras los cristianos, disparando al aire, entraban por el otro lado y cambiaban el estandarte de la media luna por la blanca bandera con la cruz en el centro, lo comprendió todo.

En aquello había quedado la gigantesca empresa de conquistar mundos para el Islam. Todo el colosal esfuerzo musulmán desplegado en España no había quedado reflejado en la posteridad más que en una grotesca carnavalada.

Ardientes lágrimas corrieron por el rostro atezado del moro, mientras volvía sobre sus pasos, dirigiéndose al pasillo subterráneo, donde Alá había querido conservarle la vida durante varios siglos, para que asistiera a la peor derrota de su raza, la derrota moral, que es la que más duele.

Me preguntó aquel amigo:

—¿Tú crees que DAHELLOS tendrá éxito?

Yo alcé mis manos en cándido gesto de parábola y le dije:

—Si en el desierto abrasado por una sed de siglos brotara una sola flor, ¡qué éxito se apuntarían las olas de arena!

Si tú, lector eldense, te gozas en esta metáfora, ya no podemos dudar, tú y yo, del éxito milagroso. Dejemos que duden los pobres de los que dijo el evangelio que «tienen ojos y no ven».

ROMANTICISMO y POSITIVISMO

por A. GONZALVEZ AGUADO

Naturalmente, los tiempos cambian las costumbres. Remontándonos a tiempos pasados, podemos encontrar escenas como ésta: La hermosa castellana se halla encerrada en una sólida y bien custodiada torre del castillo, por mandato de su padre—celoso guardador de su humano tesoro—. Está sola y triste, muy triste, porque piensa que no ha de ver ni oir más a su amado. Malas nuevas la enteraron de que en la última cita le descubrieron y que, desde entonces, se había redoblado la vigilancia de la fortaleza.—Sin embargo, no estará mucho tiempo triste la hermosa castellana—. Un arrogante mancebo ha saltado los muros exteriores, burlando la vigilancia de los avisados guardadores y, jadeante todavía, se presenta al pié de la torre. Trae consigo un sencillo laúd—digna arma del romántico enamorado—; mira ansioso hacia un alto ajimez de la prisión de su dueña y lo pulsa suavemente hasta hacerle soltar sus deliciosas notas. Entonces ella, antes adivinándole que oyéndole, se asoma; sus ojos brillan de incontenible alegría; sus labios dibujan una divina sonrisa, y los colores vuelven a teñir su tez, momentos antes marchita. Nada les importa, y el galante caballero comienza a recitar sus ardientes trovas, que son pábulo suficiente para el alma enamorada de la dulce prisionera...

Luego, aminorando nuestra retrospectiva marcha, nos sería mucho más fácil hallar estotra: Una gentil morena, estatuada tras una florida reja en una oscura calle, espera, impaciente, la vuelta de su querido novio, al que no ha visto desde el día anterior y cuya ausencia le va pareciendo eterna. Al fin aparece; se acerca y le entrega un hermoso y rojo clavel, que ella, después de besarlo, lo prende de sus endrinos cabellos y, enseguida, se entregan a su arrulladora charla de amor, con sentidas y constantes promesas de fidelidad...

Claro, hoy ya no es lo mismo. ¿Qué hermosa mujer podría escuchar, sin sentir vértigo, esas dulces serenatas desde lo alto de un rascacielos? Hay medios mucho más fáciles de poder hacerlo y hasta sin compromiso para quienes no poseen la voz y soltura suficientes: dedicando una escogida pieza musical a través de alguna famosa emisora radiofónica, están galantemente cumplidos, ya que ella, cómoda y emocionada, le escucha—incluso con el beneplácito de sus padres o tutores—, y queda tan satisfecha, máxime cuando sabe que la dedicatoria ha sido escuchada por buen número de sus amiguitas.

¿Y a quién se le ocurre, hoy en día, hablar de amor teniendo por medio una reja y en la mano un clavel? A nadie. Ahora se hace de otro modo: se sale de paseo juntos, como la cosa más natural del mundo; a veces, el espléndido galán sustituye el clavel por unas flamantes entradas de cine, donde, una vez dentro, se deja que, en parte, hablen de amor los protagonistas de la película.

Todo lo trastornan los tiempos. ¡Qué le vamos a hacer!

El Cristo del Nogal

por EDUARDO GRAS

En la primavera de 1943 me encontraba en Palma de Mallorca.

Una tarde, cercana ya la hora del crepúsculo, fuí a visitar, acompañado de un buen amigo mallorquín, una iglesia en la que se veneraba, según me había contado, una imagen del Crucificado, famosa en toda la isla.

Está el templo en una calleja sin salida, solitaria y callada, aunque no muy lejos del centro de la capital.

Cuando traspusimos el umbral, me pareció sumergirme en un baño de silencio, recogimiento y devoción. Ni el menor ruído turbaba la paz de la pequeña nave. Los rumores de la ciudad bulliciosa quedaban detenidos ante el pórtico de la iglesia.

Poco a poco, mis ojos fueron acomodándose a la semiobscuridad reinante y pude contemplar la totalidad del interior. Nada extraordinario había en él; una iglesia modesta, como tantas otras de su clase.

En un rincón, separado del resto del templo por una artística verja de hierro, estaba el Cristo que motivaba nuestra visita.

Nos acercamos y mi amigo me explicó en un susurro:

—Le llamamos el Cristo del Nogal y tiene toda una leyenda sobre su origen. ¿Quieres conocerla?

Respondí afirmativamente y continuó:

«Hace muchos años, el lugar que hoy visitamos era un pequeño huerto anejo a un convento de monjas. En su centro crecía un añoso nogal de frondosa copa, que todos los años daba abundante cosecha de fruto. Mas ocurrió que un año esta cosecha se vió inexplicablemente mermada; el jardinero que cuidaba del huertecito no comprendía el motivo de tal anomalía. Hizo lo que supo, podando y sanéando el árbol, pero lo cierto fué que al año siguiente no dió fruto alguno, y sus ramas comenzaron a secarse. El nogal estaba muerto sin remedio. La superiora ordenó entonces que lo cortaran y lo convirtieran en leña para el invierno.

Un buen día, pues, vieron las religiosas con pena como caía el árbol bajo los golpes del hacha. Sus ramas se quebraban con desolador crujido contra el suelo. Luego el leñador comenzó a cortarlo en trozos.

Y al cortar una gruesa rama, cerca del tronco, observó asombrado el pobre hombre que el hacha estaba manchada de rojo.

Era sangre...»

—¡Sangre...!— interrumpí.

«Sí; sangre había en el acero y gotas de sangre brotaban también de la rama cortada. Atemorizado, el jardinero contó, con atropellada palabra, el suceso a la madre y ésta, incrédula, salió al huerto para comprobarlo. No había duda posible. Y examinado con más cuidado, vió que el rojo líquido salía de un trozo de madera más oscuro que el resto. ¿Qué significaba aquello?

A su vez la superiora relató el caso al capellán del convento y éste, presintiendo una acción sobrenatural, ordenó que el tronco fuera descortezado con cuidado y luego se separaran con el mismo esmero las capas de madera. Así se hizo, y aquella misma tarde, llenos de religioso pavor, vieron los allí congregados cómo en el corazón del árbol aparecía una magnífica imágen de Cristo crucificado. Sus brazos extremos quedaban enfundados en dos gruesas ramas, y una de ellas era la que había revelado el prodigio al ser cortada»

MUNICIPAL

«Efectivamente, la mano derecha del Cristo estaba mutilada, con el índice cercenado, y el trozo que faltaba se encontró en el leño partido.

«Acércate y lo verás, en esa pequeña urna que hay en la pared.

«Aquellos años —continuó— la isla se había visto diezmada por perniciosas fiebres. Cuando se difundió la noticia del milagro, centenares de enfermos acudieron a postrarse a los pies del Cristo del Nogal y cuentan que todos sanaron.»

Me acerqué al altar. Allí estaba, en efecto, el Cristo mutilado, tallado en oscura madera, con una expresión de divina bondad en su rostro agonizante. Y al lado, protegido por el vidrio de la urna, el dedo cortado, reliquia preciosa del milagro.

* * *

Nos disponíamos a marchar cuando la puerta se abrió y entró una pobre vieja, una payesa, como allí denominan a las mujeres del campo. Cruzó apresuradamente la iglesia y se dirigió a la capilla del Cristo. Al pasar ante mí pude ver en su rostro las huellas de una profunda pena y sus ojos hinchados por el llanto.

Se arrodilló ante la imagen. Llegó a nuestros oídos, entre sollozos, el bisbiseo de su ruego. Sin cruzar una palabra, permanecimos en pie, junto a la puerta.

* * *

Cuando salimos, ya era noche cerrada. Un solitario farol iluminaba con temblorosa luz la callejuela, haciendo resaltar todavía más la oscuridad circundante.

Al llegar al final de la retorcida calleja, la avenida trafagosa nos acogió con una bofetada de luz y estrépito.

Involuntariamente me detuve en la esquina, aquella esquina que separaba de una manera simbólica dos mundos tan diversos.

Atrás dejábamos la calle solitaria, la pobre iglesia, el Cristo mutilado, la viejuca aquella... Ante nosotros, en contraste, se abría la moderna vía, con sus inquietudes, sus luces hirientes, su estrépito y nervosismo.

Aquella representaba el pasado y ésta era el glorioso presente, promesa de un más espléndido futuro.

Continué meditando: frente a las mortecinas lucecitas antiguas, el mundo nos ofrece el neón luminoso y potente de los anuncios. Pero también, en contraposición a la antigua llama ardiente de la fe, la tiniebla desoladora del escepticismo...

Mucho hemos andado y mucho hemos conseguido en poco tiempo. Yo no creo, como el poeta, que

cualquiera tiempo pasado
fué mejor;

pero sí que en la carrera desenfrenada de estos últimos siglos hemos perdido algo, algo de valor inmenso que sólo echamos de menos cuando el dolor lacera nuestros espíritus. Cuando ya es demasiado tarde para encontrarlo.

Y pensé que cedería con gusto buena parte de las comodidades y adelantos a que el progreso me da derecho, a cambio de un destello de aquella fe ciega e ignorante, pero tan consoladora, que vi reflejada en el rostro de la pobre vieja pidiendo por la salud de su hijo ante el Cristo del Nogal...

* * *

—¿Vamos? – preguntó mi amigo.

—Sí— contesté despertando a la realidad

Abstraído en mis pensamientos, eché a andar tras él mecánicamente. Pronto nos confundimos entre la muchedumbre que llenaba el paseo.

Desde la terraza de un café cercano, las notas incisivas de algarábica melodía perforaban el aire aterciopelado de la noche palmesana.

La vieja campana

por S. SIERRAS

En mi infancia, cuando aún no sabía guardar muy bien el equilibrio que nos envanece de ser animales racionales, solía ir a pasar cortas temporadas a la casa de mis ancianos abuelos.

Mis juegos infantiles, las caricias y los besos de mis antecesores, el halago de mis tíos y las riñas con mis primos, son una niebla densísima en mi imaginación. He olvidado los rasgos de los rostros de casi todos los seres queridos que en otros tiempos me proporcionaron mis mayores alegrías. También la mayoría de los lugares por donde paseaba cogido de la mano de mi abuelo han dejado de existir en mis recuerdos.

Solamente una cosa me queda viva y grabada perennemente en la imaginación. Un lugar acogedor, aquel lugar de oración a la hora del rosario, al toque de las almas, de la cena, del frío, el lugar de la tertulia, el punto exacto donde siempre se celebraban los consejos de familia; aquella hermosa campana que forma la chimenea. Allí he llorado y he reído, he sentido el pavor de un cuento de miedo referido por algún anciano amigo de mis abuelos, he jugado con el fuego, placer supremo de todos los niños; he dormido en el regazo de mi abuela...

Allí ví llorar a mi madre cuando a mi padre lo llevaban a la guerra.

Aquel trozo de casa guarda, con su chimenea, el recuerdo más grato que anda rondando mi corazón y que me incita a creer que verdaderamente el pasado siempre fué más feliz.

Bella acción es la crítica, cuando va henchida por el santo deseo de buscar la perfección estética. Pero es triste que a veces la blanca toga de la crítica leal quede suplantada por los asquerosos harapos amarillos de la envidia.

AQUELLA MAÑANA

por EDUARDO GRAS

Despeinada la negra cabellera
al empuje del viento;
fatigado el aliento
por la brusca ascensión,
el rostro arrebolado,
estaba junto a mí, como extasiada
en la contemplación
del inmenso paisaje que quedaba
allá abajo...

Habíamos quedado separados
del grupo excursionista:
sus cantos y sus voces alejadas
llegaban a nosotros, diluidos
en el aire sutil de la mañana.

¿Qué ocurrió de improviso?
¿Qué ignorado poder se adueñó entonces
de nosotros? Tal vez
el alma milenaria de los montes
penetró nuestras almas
y animó en nuestro ser un sentimiento
que hasta allí dormitaba.

Y al influjo de aquel poder extraño
dijeron nuestros labios temblorosos
las eternas palabras...

Un pájaro cantaba entre las ramas
del árbol que nos daba grata sombra.
Y allá arriba, muy alto, un negro cuervo
dibujaba sus arcos misteriosos
en el terso papel del firmamento.

Felipe García Simón

SUCESOR

Teléfono 155 ELDA

Vda. de Felipe Navarro

Teléfono 224 ELDA

Relojería SUIZA

JOSÉ BELOTTO

Queipo de Llano ELDA

Si desea Vd. pasar una velada agradable, no deje de concurrir a la SALA DE FIESTAS

Yola

José María Navarro, Suc.

Maquinaria para el Calzado

Teléfono 72 ELDA

Fco. Casáñez Casanova

Fábrica de Cajas de Cartón y Almacén de Artículos para el envase

Teléfono 242 ELDA

PASCUAL VERA RICO

(Hijo y Suc. de Pascual Vera Millán)

CURTIDOS Y ARTICULOS EN GENERAL PARA EL CALZADO

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL ELDA

Daniel Andreu Pardines

ARTICULOS PARA LA FABRICACION DEL CALZADO

Recambios y accesorios, Agujas, Alambres, Correas, Clavazón, Cuchillas, Fresas, Lijas, Hilos.

TELEFONO 89 ELDA

Vda. de Gonzalo Casáñez

Goyri

FABRICA DE CALZADO

Teléfono 242 ELDA

Droguería y Perfumería

«El Carmen»

San Roque, 29 ELDA

Manuel González Vera

FABRICA DE TACONES

ELDA

Manuel Gil Navarro

Agente Comercial Colegiado

ELDA

ALFREDO MIRA

ALMENDRAS

ELDA

José Rodríguez Díaz

Fábrica Tacones de Madera

Queipo de Llano, 41 ELDA

José Palao Compañ

FABRICA DE TACONES DE MADERA

2 de Mayo, 32 ELDA

dahellos

Rincón literario eldense

Sobrinos de Ugarte

CURTIDOS

ELDA MADRID

A. G. A.

José Castaño García

REPRESENTACIONES

General Queipo de Llano, 28 ELDA

LIBRERIA

Cervantes

PAPELERIA

Mola, 33 ELDA

Antonio Sierras Dueñas

AGENTE COMERCIAL
COLEGIADO

ELDA

Nuevas Destilerías Manchegas

COÑACS
LICORES
CERVEZAS
Y VINOS

Generalísimo, 16 -- Teléfono 202

ELDA

J. A.

Fábrica de Botones, Hebillas, Dominós y Peinetas

E. Almodóvar Botella

Avenida Chapí ELDA (Alicante)

36 -

C. C. CASA DE CULTURA ELDA
BIBLIOTECA

LIBRERÍA BASILIO. - ELDA